

„ahora ya puede usted hacer de mí lo que quiera.” Sin duda quedó enteramente desarmado el oficial. ¿Y quién hubiera podido resistir á aquella impasibilidad sobrehumana? Se arrojó á los pies del santo, detestando su delito y prometiendo llorarle toda su vida.

Ya se deja conocer cuál fue la abundancia de los frutos de salvacion que cogió un operario evangélico adornado de tales prendas. Pero solo podemos decir en general, que en todos los estados, sexos y condiciones hubo conversiones innumerables, ruidosas, portentosas y casi increíbles. Grandes y pequeños, eclesiásticos y legos, hombres y mugeres, hereges y libertinos, cobardes y obstinados, todos se atropellaban por oír al santo, y casi todos iban á llorar sus pecados, postrándose á sus pies luego que bajaba del púlpito. Convirtió á los concubinarios mas escandalosos; á las mugeres de mal vivir; á innumerables hereges; á los dogmatizadores mas acreditados, y lo que acaso era mas difícil, á muchos hugonotes llenos de orgullo y encaprichados con su falsa ciencia, que habian luchado con los teólogos más hábiles, y daban autoridad al calvinismo, ó le sostenian poderosamente con su ilustre nacimiento, con sus riquezas y con su liberalidad. En una palabra, hizo que fuesen aquellos pueblos tan firmes en la fe y tan arreglados en las costumbres, que en nada se parecian á lo que fueron antes. ¿Pero con qué método obraba estas maravillas? Su esplicacion nos pondrá á la vista todo el carácter del humilde apóstol de los pobres.

Luego que llegaba al lugar de la mision, visitaba á todos los aldeanos; conversaba mas con los pobres, pasaba despues, atravesando montes y rocas, á las habitaciones mas miserables; iba de cabaña en cabaña; penetraba en las cavernas que á muchos les servian de casas, y los convidaba afectuosamente á que se aprovecharen de la bondad del Señor, que iba en busca de ellos, porque sus almas le eran tan preciosas como las de los Reyes. En el intervalo de una mision á otra, y especialmente cuando el temporal era tan riguroso que no se podia pasar al lugar de la mision, se entregaba todo á la salvacion de los habitantes que se hallaban dispersos. Nunca le detuvieron los desiertos mas incultos ni los caminos mas horribles y peligrosos. Todas las mañanas salia muy temprano para ir á visitar las gentes del campo que andaban por las selvas y montes. Algunas veces llovía ó nevaba tanto, y estaban los caminos tan intrasitables, que no había quien se atreviese á salir de casa; pero él no hallaba ningun obstáculo: todo el dia andaba á pie y en ayunas de choza en choza y de aldea en aldea. Iba alegre por caminos llenos de agua; pasaba los torrentes y arroyos; atravesaba selvas y montes, y trepaba por las rocas, esponiéndose á caer en algun precipicio. Solia perderse en aquellos parages poco frecuentados, y muchas veces se vió precisado á pernoctar en el campo. Un dia que se hallaba en los montes mas altos cayó tanta abundancia de nieve, que no habia ninguna salida, de suerte que no pudo pasar adelante ni volver atrás. Lo único que pudo

hacer fue llegar á una choza, donde estuvo encerrado tres semanas, sin tener mas que un poco de pan negro para alimentarse, y un rinconcillo en que dormir.

Acabados estos trabajos excesivos le esperaban otros nuevos, pues se hallaba con una multitud de aldeanos que acudian de todas partes para que los instruyese y confesase. Léjos de quejarse de su gran número, de sus instancias importunas, ni de que tardasen demasiado en las confesiones, siempre conservó en medio de aquella gente grosera y desaliñada una igualdad de ánimo, una serenidad de semblante, una complacencia y satisfaccion y un gozo extraordinario. Siempre se vió en Regis una imágen fiel del buen Pastor, recogiendo con cariño la oveja perdida en los montes y precipicios, ó hallando sus delicias, no en la compañía de los primeros ciudadanos de Jerusalem, sino en medio de los habitantes sencillos y de los pescadores groseros de Galilea.

46. Sin embargo, como es bastante comun humillarse uno á sí mismo, y sufrir con impaciencia la humillacion que viene de otros, se necesitaba algo mas que las abyecciones voluntarias para conocer toda la humildad de Regis. El ataque ordinario contra las personas á quienes no se puede acometer por ningun otro lado, es la acusacion de imprudencia, siempre especiosa, aun con respecto á los mismos santos. Varios calumniadores que se habian puesto de acuerdo entre sí, fueron un dia á buscar al obispo de Viviers, que estaba visitando su diócesi, al mismo tiempo que

Regis continuaba sus misiones en ella, y admiraba á todos los buenos. Dijéronle que aquel misionero habia introducido la discordia en todas las familias con su celo indiscreto: que á nadie perdonaba su fogosa elocuencia: que sus sermones eran sátiras é invectivas sangrientas; en una palabra, que era un perturbador, á quien se debia hacer salir de allí sin pérdida de tiempo. El prelado, que estimaba mucho á Regis, no podia resolverse á creer nada de esto. Por otra parte le hacian presente todos los buenos que el santo no tenia mas enemigos que los que lo eran de la virtud, y que á la verdad declamaba con el celo de un apóstol contra los vicios reinantes, y esto en general y con toda la discrecion de la prudencia evangélica. Pero lo que mas impresion hizo al prelado, y la mas sólida apología del misionero, fue la humildad de Regis, segun resplandece en los santos. Como los malignos calumniadores iban continuamente á quejarse al obispo, se cansó éste de tantas importunaciones; reprendió ásperamente á Regis, y le amenazó diciéndole que le haria salir del país. Sin culpar á sus enemigos el humilde misionero, ni hablar una palabra para justificarse, parecia por el contrario que confesaba las faltas que se le atribuian, y agradeció al obispo el consejo que le daba. „Bien conozco (dijo) que soy muy culpable en la presencia de Dios. Tampoco dudo que mi poca instruccion me habrá hecho reprehensible á los ojos de los hombres. Pero si mi imprudencia me hace indigno de trabajar en la santificacion de los demás, procuraré á lo menos

santificarme á mí mismo en la soledad y en la penitencia.”

Regis estaba verdaderamente persuadido, y lo manifestaba en todas ocasiones, de que no habia desprecios, ignominias y malos tratamientos que él no mereciese. Muchas veces recibió bofetadas y golpes crueles de los impúdicos á quienes arrebatava el objeto de su pasion. Pero siempre le parecia que le trataban demasiado bien. Cuando se burlaban de él en las conversaciones, tenia complacencia en que los demás se riesen á costa suya. Por lo que hace á los ultrages y á las injurias atroces que no podian faltar á un enemigo tan declarado de los vicios y escándalos, las miraba con tanta indiferencia como si no tuviesen que ver con él. Tampoco le conmovian los vituperios y los malos modales de las personas que debian ser moderadas por razon de su estado. Un superior, ya fuese por preocupacion ó por antipatia, le estuvo reprendiendo una larga temporada, en público y privadamente, con mucha aspereza y de un modo muy imperioso. Pero siempre recibió las reprensiones con profundo respeto, y sin proferir ni una sola palabra para disculparse.

No pudiendo persuadirse un compañero suyo de que un hombre no se disculpase cuando se le reprendia sin razon, quiso ver por sí mismo si en efecto llegaba á este punto la humildad de Regis. Le habló á solas, y con todas las apariencias de la persuasion le hizo una porcion de cargos, que ni el genio mas maligno pudiera haberlos inventado. „Muchas gentes (le

dijo) creen que tu virtud y tu celo son efecto de una índole insociable y feróz. De aquí es, que por todas partes se levanta la voz contra tu imprudencia, la que en efecto te causa continuos disgustos. Es comun opinion que no puedes vivir en paz, ni dejar que los demás tengan quietud. Tú mismo sabes que están todos escandalizados de que por la singularidad de tu celo no haya para ti horas de comunidad ni prácticas regulares, y que no puedas acomodarte á estar en casa quieto y sosegado. Aun hay mas: yo sé que algunos sospechan de la pureza de tus costumbres al ver la frecuente comunicacion que tienes con mugeres de mala vida. Quiero creer que tus intenciones son puras; pero es difícil eximirse de la nota de indiscreto. Por lo que á mí toca, estoy admirado de la indiferencia de los superiores. Si yo fuera de ellos, procederia de otro modo, y pronto te obligaria á mudar de conducta. Créeme: no esperes á que llegue ese caso. Aprovéchate de los consejos de un amigo.” Por este estilo le estuvo hablando media hora. Regis le oyó sin interrumpirle ni mostrar la menor alteracion: despues de lo cual dió gracias á su amigo por sus consejos caritativos, y le suplicó que se los continuase y que añadiese á ellos fuertes reprensiones, para curarse (decia) de un orgullo intolerable. En una palabra, confesando, á lo menos indirectamente, los defectos que no tenia, prometió no omitir diligencia alguna para arreglar mejor su conducta.

Despues de semejantes pruebas de una humildad tan poco comprensible para el comun de los hombres

y aun de los justos, no hay prodigios en el órden de la gracia ni en el de la naturaleza, que no se hagan fáciles de creer, cuando se dice que los obró un hombre tan desprendido de su propia gloria, y tan fiel en referirlos todos á su primer autor. Dígasenos ya que Regis hizo que mudasen de semblante provincias enteras, y que volviese á florecer la fe, la piedad y la perfeccion evangélica en unos lugares en que solo habia cristianos de nombre: que á lo menos desterró de ellos el latrocinio; la usura, la blasfemia, los asesinatos, el concubinato y todos los desórdenes públicos: que convirtió en penitentes á los pecadores obstinados: que convirtió en tan gran número á las pecadoras mas abandonadas, que en una sola ciudad formó de ellas una comunidad numerosa de mugeres penitentes, iguales en pudor, y quizá superiores en delicadeza de conciencia á las vírgenes mas irrepreensibles: que á pesar de su pobreza, de todos los obstáculos imagiuables, y con riesgo de su propia vida, halló medios para edificar, sostener y fundar sólidamente la casa de Refugio en Puy de Velai: que en esta ciudad considerable y muy poblada, alimentó á todos los pobres, sin despedir ninguno en cinco ó seis meses de hambre: que el trigo que habia recogido para ellos se multiplicó tres veces: que se multiplicó en la misma mano que le distribuia, y al mismo tiempo que se hacia la distribucion. Sin duda son estos unos milagros portentosos, estraordinarios y casi inauditos aun en el órden de los milagros; pero todos ellos son el cumplimiento de la palabra sagrada del Remunerador

magnífico, que prometió ensalzar á sus siervos cuanto ellos mas se humillaren á sí mismos.

47. Regis acabó la vida como la habia pasado, evangelizando á los pobres y á las gentes sencillas del campo. Salió de Puy tres dias antes de Navidad para empezar la mision en la aldea de Louvesc. Era éste un viage de siete leguas que le obligaba á atravesar los montes mas altos de Velai, que estaban entonces llenos de nieve y de hielo. Los caminos estaban tan intransitables, que unas veces tenia que romper el hielo para pasar adelante, otras se veia precisado á andar á gatas, otras á trepar por las rocas, á subir por cuestas tan ásperas y resbaladizas, que á cada paso se esponia á caer en horribles precipicios. Perdió el camino, y le cogió la noche en medio de él. Despues de haber andado errante mucho tiempo, lo mas que pudo hacer fue llegar á una cabaña arruinada, donde pasó lo restante de la noche, sufriendo un frio cruel. Como estaba sudando cuando entró en ella, y luego sintió tan gran frialdad, le acometió una calentura pleurítica.

A pesar del ardor de la calentura y de los dolores muy vehementes que ya experimentaba, se puso en camino al rayar el alba, y llegó por la mañana á Louvesc, el dia antes de Navidad. Ocultó cuidadosamente su mal, y sin embargo de que se estaba muriendo, se fue derecho á la iglesia, donde dió principio á la mision con un discurso, en que no se echaba de ver el abatimiento de la naturaleza. En el resto del dia y en toda la noche siguiente, no cesó de oír á los que

acudían á confesarse. El día de Navidad se sintió peor; sin embargo de lo cual predicó tres veces, y solo faltó del confesonario el tiempo que estuvo en el púlpito. El día siguiente predicó otras tres veces con su acostumbrada vehemencia, y confesó en los intervalos. Después del tercer sermón quiso volver al confesonario; pero era tal la concurrencia de gentes, y se hallaba tan debilitado, que no pudo abrirse paso. Se puso á confesar en el coro, y como siempre miraba con indiferencia todo lo que era relativo á su persona, se sentó en frente de una vidriera rota. Allí le faltaron enteramente las fuerzas. Le dió una congoja, le llevaron al presbiterio, donde se procuró reanimarle: volvió en sí al cabo de un cuarto de hora, y no pudiendo rendirse aquella alma fuerte, confesó todavía á algunos aldeanos que le habían acompañado desde la iglesia. Pero fueron estos sus últimos esfuerzos, pues le dió otra congoja que le obligó á acostarse, y habiendo venido un médico de un pueblo inmediato, le halló en tan mal estado que ya no tenía remedio.

Mejor que nadie lo sabía el santo misionero, el cual tuvo cierta ciencia que estaba próxima su muerte, y antes de salir de Puy había arreglado todas sus cosas, estuvo retirado algún tiempo, é hizo confesión general sin embargo de que su vida había sido siempre tan inocente como hemos visto. Volvió á confesarse, recibió el Viático y la Estremaunción con el fervor de un serafín, y después quiso que le dejasen solo para conversar con el Dios que acababa de recibir, y á quien muy en breve había de ver cara á cara.

Pasado algún tiempo, le llevaron un caldo sustancioso: dió gracias humildemente por el favor que le hacían, y deseando ser tratado como pobre hasta el fin de su vida, pidió un poco de leche. Solicitó con vivas ansias que le diesen el consuelo de morir en un establo encima de la paja, del mismo modo que había nacido Jesucristo; y solo se le pudo disuadir de esta idea haciéndole presente, que según el estado de debilidad en que se hallaba, no podía menos de acarrearle la muerte esta traslación. Permaneció, pues, con una resignación perfecta, con una tranquilidad inalterable, el semblante siempre sereno, y el espíritu y la palabra libres hasta el último aliento. Solo salían de su boca y de su corazón oraciones tiernas y afectuosas; jaculatorias á Jesús crucificado, cuya imagen tenía en las manos, y suspiros inflamados con el amor de la patria celestial. Por fin, en la noche del último día del año parece que vió los cielos abiertos; rebosaba en su semblante la alegría interior, y no pudiendo contener el gozo que le enagenaba: „¡ah qué dicha (esclamó), y qué contento muero!” Un momento después juntó las manos, y clavando los ojos en el cielo, dijo en voz alta y clara: „Jesucristo, Salvador mio, en vestras manos encomiendo mi alma.” Al acabar estas palabras espiró, como á las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1640, á los cuarenta y cuatro años de edad. Y aun es un prodigio que un apóstol tan penitente, y un penitente apostólico hubiese vivido tanto.

Es otro prodigio, y mayor sin duda alguna, la

proporción, ó por mejor decir la desproporción entre la duración de sus trabajos apostólicos y la inmensidad de sus frutos. ¡Tan cierto es que entre las obras de la Omnipotencia, la humildad que se consagra á evangelizar á los pobres, es una de las más milagrosas! ¡Y cuántas otras maravillas tendríamos aun que notar si le acompañásemos hasta el sepulcro, donde parece que el Omnipotente quiso glorificar á su siervo después de muerto, con el concurso de los pueblos y con infinitos milagros, tanto como él había aborrecido la fama mientras vivió! Pero nos falta que recorrer otro campo muy distinto; y el disgusto que la empresa puede causar á la piedad, no es razón suficiente para que la abandonemos, cuando puede ser útil á la fe.

48. Hemos dejado á los cuatro obispos de Boloña, Montpellier, Morepoix y Senez, apelando contra la bula de la Cabeza de la Iglesia, encargada de confirmar y dirigir á sus miembros en la fe (1). Llevaron este manifiesto del cisma á la asamblea de los doctores de París, y se le leyó el obispo de Senez. El síndico de la facultad felicitó á los cuatro apelantes por su amor á la Iglesia, por su celo á favor de la verdad, y puso por testigo á la facultad de los elogios que les prodigaba, y también de su propio celo. Al momento se levantaron una infinidad de doctores pidiendo á voces que se les permitiese tomar parte en la apelación. Trataron el asunto, y á pesar de algunas reclamaciones, convino la facultad en lo que se le pedía. Entretanto los cuatro prelados fueron desterrados de

(1) *Hist. de la Cons. t. 2. l. 4. p. 158 y sig.*

la capital, como principales autores del cisma y de la discordia, y el escribano que dió testimonio de su apelación fue encerrado en la cárcel de la Bastilla. Pero no por eso dejó de estar abierta de día y de noche la curia eclesiástica de París para todos los que quisiesen adherir á la apelación de los cuatro obispos. Algunos cabildos, muchas comunidades y gran número de párrocos de la ciudad llevaron al palacio arzobispal sus testimonios de adhesión. Mostrándose más osados varios religiosos en el resto de la diócesis, apelaron públicamente, y dijeron en términos espresos, que la bula destruía el dogma de la gracia. Léjos de reprimir el arzobispo esta insolencia cismática, se complacía en ver que se iba aumentando el número de apelantes. Se prometió en su diócesis asilo y protección á los sacerdotes y á los frailes discolos que se rebelaban en las provincias contra los obispos y los superiores claustrales; y se admitió entre los apelantes á todo género de personas, hasta las más ignorantes, y los artesanos y mugeres más despreciables.

49. A pesar de esto, viendo que el número de los apelantes no correspondía á sus deseos, se persuadieron los celosos y acalorados del partido, que con solas palabras se adelantaría poco la seducción, y que era preciso para arrastrar los ánimos de muchos, valerse del resorte tan poderoso como sórdido del interés. Esto lo decimos porque los documentos que lo comprueban son bien públicos é irrefragables, y no se debe omitir en la historia, cuando se trata de